

baros un sentimiento de respeto mezclado de terror; el santo empleaba su ascendiente en alejarlos ó en obtener la libertad de los cautivos. El rescate de los prisioneros era el acto menor de caridad de *Severino*. En los tiempos de grandes calamidades, lo que principalmente falta á los hombres es la fuerza moral. El apóstol de la Nórica enseñó á los vencidos á soportar las privaciones de una vida de miseria, imponiéndose á sí propio privaciones voluntarias; él, que habia nacido bajo el ardiente sol del Mediodía, andaba con los piés descalzos en medio de los rigurosos inviernos del Norte, cuando pasaban las carretas por encima del Danubio helado. Aquella dura existencia no lo hizo insensible á los sufrimientos de los demas; sentia el frio y el hambre al ver á los pobres careciendo de lo necesario. San Severino iba distribuyendo por sí mismo pan y ropas; daba á los desgraciados un alimento indispensable al mismo tiempo que elevaba sus almas hácia Dios. Su caridad era tan profunda, que venció el más cruel de los sentimientos, el egoismo, fruto de la desgracia: los pobres sacaban, de lo indispensable para sus necesidades, algo que dar á otros más desgraciados.

Los pueblos del Norte son señores del Imperio; se abre una era de bárbarie. Se necesitaba, en medio de la disolucion universal, una fuerza capaz de dominar moralmente á los conquistadores. La religion que predicaba y practicaba la caridad, el desinterés, la abnegacion, era digna de imponer su ley á los rudos Germanos.

cieron. San Severino libró á los Bárbaros de sus cadenas, les repartió víveres y los despidió diciéndoles: «Contad á vuestros jefes lo que habeis visto; que no vuelvan más á nuestras comarcas; no escaparían sin un castigo del cielo. Dios combate por sus defensores» (EUGIPP., § 27).

CAPÍTULO IV.

LA CONQUISTA.

§ I.—Los conquistadores.

Los Bárbaros que invadieron la Europa en los primeros siglos de la era cristiana no pertenecian todos á la misma raza. Los Germanos forman la masa de los conquistadores; ellos fundan el nuevo orden de cosas, de donde procede la Edad Media. Sin embargo, no todos los Estados creados por los conquistadores nacen viables. La religion juega un papel importante en los establecimientos de los Bárbaros; las tribus partidarias del arrianismo desaparecen; los pueblos convertidos al catolicismo son los únicos que llegan á fundar monarquías duraderas.

Los Tártaros, pueblos pastores, no tienen más ambicion que robar, devastar, destruir; sus conquistas son efímeras. Si hubiesen llegado á establecerse en Europa hubieran convertido á la Italia, las Galias y las Españas en comarcas parecidas á las estepas del Asia, donde ningun desmonte, ninguna valla, ninguna huella de trabajo humano detiene el paso de sus caballos.

Los Eslavos difieren tanto de las poblaciones guerreras de la Germania como de los nómadas Tártaros. Esencialmente agricultores, sus tendencias pacíficas los hacen extraños á las sangrientas convulsiones que abren la Edad Media; toman poca parte en la invasion, no aparecen en la escena del mundo hasta los tiempos modernos.

N.º 1. — *Los Tártaros. Atila. Batalla de Chalons.*

En tiempos de Atila los Tártaros son los dueños del Imperio, pero la Europa coaligada los rechaza á las estepas del Asia. En la Edad Media sus invasiones vuelven á comenzar y llevan el espanto al mundo entero; amenazan al mismo tiempo á la China y á la Alemania, pero la oleada bárbara se retira de nuevo sin llegar á tocar á la cristiandad. Hasta aquí la raza tártara se ha mostrado incompatible con el genio europeo; no tiene el poder civilizador que distingue á los Germanos, su barbárie parece invencible. «Abandonados al instinto de los brutos, dice un historiador contemporáneo de la invasión de los Hunnos, desconocen lo justo y lo injusto. Sin religion alguna, ningun respeto divino los encadena» (1). Su derecho de guerra espanta aún en medio de la barbárie de la invasión: Atila decía que donde su caballo ponía los piés no volvía á crecer yerba. Su ferocidad, dice *Ammiano*, excede de toda ponderación; bajo la figura de hombre, añade *Jornandes*, viven como animales (2). *Jerónimo* ruega á Jesucristo que aparte del mundo romano aquellas fieras más que salvajes, que no tienen piedad ni aún para el niño que llora (3). Los Hunnos no tienen más mision que la de un elemento destructor. Atila tenía conciencia del papel que desempeñaba; se llamaba *el azote de Dios*: aquí se ve al conquistador en toda su brutalidad, no tratando de fundar, sino de destruir. Tal es el recuerdo que ha dejado entre los pueblos: en las tradiciones épicas «Atila parece poderoso, formidable; pero nada humano, indiferente, inmoral como la naturaleza, ávido como los elementos, absorbente como el agua y el fuego» (4). Tal es tambien el papel histórico de los Hunnos; precipitan á los Germanos sobre el Imperio, inundan la Europa, la devastan y despues desaparecen.

(1) AMMIAN. MARCELLIN., XXXI, 2.—CHATEAUBRIAND, *Estudios históricos*.(2) IBID., XXXI, 2.—JORNANDES, *Hist. Goth.*, c. 24.(3) HIERONYM., *epist.* 84, *de Morte Fabiolæ* (t. IV, P. II, p. 661): «*Avertat Jesus ab orbe romano tales ultra bestias.*»(4) MICHELET, *Historia de Francia*, lib. II, c. 1.

Su primer choque fué irresistible; Bárbaros y Romanos se doblegaron bajo su yugo. Oigamos el canto fúnebre con que los guerreros hunnos celebraron las acciones de su rey: «Atila es el más grande de los reyes Hunnos. Ha sido el señor de las naciones más valientes; él solamente ha poseido la Escitia y la Germania, reuniendo en su cabeza un poder hasta entónces desconocido. Él es tambien el que ha llevado el terror á los dos Imperios de Roma y les ha impuesto un tributo anual» (1). Nada de este canto es exagerado; todos los Bárbaros del Norte de Europa y aún de Asia reconocian la autoridad del rey de los Hunnos, y en su córte se veian los embajadores de los Romanos que iban á recibir sus leyes ó á implorar su clemencia. Atila decía comparándose á los Césares: «Los generales de los emperadores son lacayos, los generales de Atila son emperadores» (2). El rey de los Hunnos pretendía la dominacion del mundo; el título que invocaba caracteriza bien al rudo conquistador. Sabido es que los Escitas adoran á Dios bajo la forma de una cimitarra; un pastor de los Hunnos, viendo que una de sus vacas se habia herido en un pié, siguió la huella de la sangre y descubrió entre las yerbas la punta de una espada, que sacó de la tierra y ofreció á Atila. El rey bárbaro, poseedor de la espada de Marte, reclamó el imperio del universo como un derecho divino (3).

Si fuese posible la monarquía universal, sería la tumba del género humano. La dominacion de Roma, á pesar de sus beneficios, envileció á los pueblos y los llevó á una disolucion inevitable; ¿qué hubiera sido del mundo si los Hunnos hubieran consolidado su imperio? Bendigamos la batalla de Chalons que salvó el porvenir de la humanidad. Los Romanos, los Germanos y la Iglesia se disputan la gloria de haber librado á la Europa de los Hunnos. El poder más formidable que ha hecho temblar al mundo, dice *Sismondi*, vino á estrellarse contra las últimas ruinas de la antigua civilizacion. No fué Aecio, dicen los historiadores alemanes, sino los Godos, los que destruyeron á los Hunnos en las llanuras de

(1) JORNANDES, *Hist. Goth.*, c. 49.(2) PRISC., *Excerpt. de Hist.*, p. 201 (ed. de Bonn.).(3) IBID., *Hist.*, p. 199 y sig.—JORNANDES, c. 35.

Chalons. A dar crédito á un historiador filósofo, el papa Leon hizo lo que no habia podido hacer ejército alguno; libró al Occidente del yugo de los Tártaros (1). Se necesitó nada ménos que una coaliccion de todas las fuerzas vitales que encerraba la Europa para rechazar las hordas asiáticas. Al genio de Roma pertenece la gloria de haber visto el peligro. Aecio, *el último de los Romanos*, reunió bajo sus banderas los restos de las legiones y los más valerosos de los Bárbaros; bajo su inspiracion, el emperador Valentiniano envió á los Visigodos y á su rey Teodorico embajadores que hablaron en los siguientes términos: «Es digno de la prudencia que os distingue á vosotros, el más valiente de los pueblos, el unir vuestras fuerzas á las nuestras contra ese tirano que quiere la esclavitud del mundo entero, que no necesita motivo alguno para hacer la guerra, sino que cree que todo lo que le es posible le está permitido..... Despreciando el derecho y la equidad, es el enemigo de todo lo que existe; quien se muestra enemigo de todos merece el ódio universal.....» El rey de los Godos respondió: «Cumplimos vuestro deseo. Atila es tambien nuestro enemigo. Que se vanaglorie por su victoria sobre pueblos orgullosos; los Godos saben tambien combatir á los soberbios» (2).

El historiador de los Godos alaba la prevision de Aecio que supo reunir al rededor de las águilas romanas guerreros de todas las naciones. Atila tenía igualmente en pos de sí un ejército de pueblos; los autores hablan de una jauría de príncipes tributarios que esperaban con temor y temblando una señal del rey de los reyes para ejecutar sus órdenes (3). Léase en *Jornandes* la narracion de la batalla de Chalons: «Batalla terrible, furiosa, múltiple, tenaz y tal como no se habia visto otra en la antigüedad.» Cuéntanse los muertos por centenares de miles. Los ancianos referian que un arroyo que corria á traves de aquel heróico campo creció de repente, no por las lluvias, sino por la sangre y se convirtió en un torrente; los heridos se arrastraban hácia él para apagar su sed y bebían la sangre de sus hermanos.

(1) HERDER, *Ideen*, XVIII, 2.

(2) JORNANDES, *Hist. Goth.*, c. 36.

(3) *IBID.*, c. 40.

¿Por qué se vertió tanta sangre? El monje que ha escrito la historia de los Godos se ha dirigido ya esta pregunta: «¿Hubiera podido el ódio, dice *Jornandes*, armar tan de repente á unos pueblos contra otros? Más cierto es decir que la raza humana vive para los reyes, puesto que basta el capricho de un señor soberbio para dar la muerte á naciones enteras» (1). *Gibbon* reproduce esta reflexion tan mezquina como desconsoladora; es más digna de un filósofo escéptico que de un cristiano. El obispo *Isidoro*, y despues que él *Tillemont*, ven en la invasion de Atila y en la batalla en que parecia haberse dado cita el género humano, un grande acto de la justicia divina: «Dios suscita los malos y arma su brazo con su poder para que sirvan de instrumento á sus designios. Tal fué la mision de Atila. Sirvió á la justicia de Dios para castigar á una infinidad de malos, y á su misericordia para coronar á muchos de sus servidores.»

No deben mirarse las guerras solamente bajo un punto de vista individual; el historiador debe preguntarse qué lugar ocupan las batallas en los destinos del género humano. La batalla de Chalons se cuenta entre las que han decidido el porvenir de la civilizacion. Si los Hunnos hubiesen sido vencedores, la Europa entera hubiese sido su presa; el imperio de los Francos y la civilizacion cristiana que le es inherente, hubieran perecido en gérmen; el mundo cristiano se hubiera asemejado á esas inmensas estepas donde reina la raza tártara. No nos lamentemos, pues, por la sangre que ha corrido por los campos de Chalons; no ha sido derramada por el capricho de los reyes; los que allí cayeron son los mártires de la humanidad, y la sangre de los mártires fructifica; es la semilla de un porvenir mejor.

N.º 2. — *Los Germanos, los Arrianos y los Católicos.*

Desde la derrota de Atila la Europa se vió libre de los Tártaros; el imperio perteneció á los pueblos de raza germánica. El destino de los Bárbaros que conquistaron el mundo romano fué bien di-

(1) ISIDOR. HISPAL., *Hist. Goth.*, c. 16.

verso ; la mayor parte perecieron sin fundar un Estado duradero, algunos solamente dieron su nombre á las nuevas naciones que se formaron como consecuencia de la invasion. ¿De dónde procede la rápida decadencia de los unos y la gloria de los otros ?

Los Godos son los primeros en romper el Imperio romano ; lo recorren devastándolo. Se los ve á las puertas de Constantinopla, pasan por Atenas, toman á Roma, reinan en Italia bajo un príncipe cuyo nombre rivaliza con el de Carlomagno ; una de sus tribus se establece en las Galias y funda una monarquía en España. ¿Pero adónde conduce esta gloriosa carrera ? Los Ostrogodos no dejan más recuerdo que el nombre de Teodorico ; los Visigodos sucumben bajo los Arabes. Así desaparece, por decirlo así, de la escena del mundo el pueblo que ha tomado á Roma y que ha tenido la ambicion de reconstituir el Imperio de Occidente para la raza germánica.

Los Vándalos son más desgraciados todavía. Apénas han elevado un imperio sobre las costas en que dominó Cartago, cuando lo destruyó Belisario ; no queda de ellos más que el nombre, y este nombre sirve para indicar la barbárie por excelencia. Los Lombardos dejan huellas en una parte de Italia, pero no llegan á fundar un Estado. Los Borgoñones tienen una suerte parecida. No sucede lo mismo con los Francos ; llegados en número de algunos miles á las Galias, imponen su nombre á la Francia, conquistan la Germania que habia resistido á las legiones, y su rey se hace coronar emperador en Roma. Del mismo modo algunas bandas de aventureros sajones desembarcados en Inglaterra, crean allí una nacionalidad poderosa que hoy cubre el mundo con sus colonias.

Los Francos y los Sajones, paganos en tiempo de la invasion, no tardaron en abrazar la religion católica, al paso que las tribus germánicas que desaparecieron habian recibido el Evangelio de manos de una secta. Los Vándalos murieron arrianos ; los Godos y los Lombardos no llegaron á aclimatarse en España y en Italia más que convirtiéndose á la fe de Nicea. Este hecho, ¿es puramente accidental ? Esto sería negar la influencia de la idea religiosa sobre la suerte de las naciones ; puede ser que nunca haya sido más considerable esta influencia que en el destino de los pueblos germánicos. La masa de los vencidos en los países conquis-

tados por los Bárbaros obedecía á la Iglesia ortodoxa ; cuando los conquistadores se obstinaban en su herejía, la fusion de los vencedores y de los vencidos se hacía imposible ; de aquí los odios que abrían las puertas á nuevos conquistadores. Esta desafeccion de los Romanos trajo la ruina de los Borgoñones y de los Visigodos en las Galias. La division religiosa fué tambien la que destruyó la dominacion de los Ostrogodos en Italia, á pesar del genio de Teodorico. El pontificado y los reinos arrianos eran incompatibles ; ahora bien, el catolicismo era necesario para presidir al desenvolvimiento de la humanidad en la Edad Media ; los reinos arrianos debian, pues, desaparecer. Hemos apreciado el arrianismo bajo el punto de vista teológico (1) ; hemos dicho que hubiera sido impotente para llenar la mision de la religion cristiana. La historia de los estados fundados por los Bárbaros nos muestra al clero arriano indiferente á la gran vocacion de la Iglesia ; no hace nada por extender el Evangelio, por extirpar el paganismo ; fáltanle la vida y el movimiento. La propaganda parte de Roma ; el imperio de la cristiandad pertenece, pues, á la Iglesia que se preocupa de la salvacion de las almas.

¿Es esto decir que los Bárbaros que no fundaron estado duradero han pasado en vano sobre la tierra ? Destruyeron la monarquía universal de Roma y con ella el despotismo, que envilece y arruina á la especie humana. La mision de los Godos fué mayor todavía : salvaron dos veces la humanidad, primeramente poniendo fin al Imperio, despues arrojando á los Tártaros á las estepas de Asia. Los Visigodos de España, los Borgoñones y los Lombardos acabaron por abrazar la única fe que en aque la época era capaz de salvar á las naciones, y dejaron huellas en las sociedades que se formaron por la fusion de los pueblos conquistadores y de los pueblos conquistados. Solamente los Vándalos desaparecieron sin más recuerdo que una obra de destruccion.

Puede sentirse que los Vándalos no se hayan sostenido en África. Despues de su derrota, aquellas costas en que dominó Cartago, aquellas llanuras que eran uno de los graneros de Italia, fueron invadidas por la barbárie y la esterilidad. El Africa se libró de la in-

(1) *Estudios sobre el Cristianismo.*

fluencia de la raza germánica : solamente al cabo de siglos de una dominacion salvaje hace esfuerzos la civilizacion europea para penetrar en aquel inmenso continente. Cabe preguntar, si los Vándalos hubieran regenerado el Africa sin la afortunada expedicion de Belisario, cómo sus hermanos regeneraron la Europa. Antes de abandonarse al sentimiento, conviene ver qué habian hecho de su conquista los vencedores. No les imputamos como un crimen su espíritu destructor; los Sajones y los Normandos eran tan devastadores como los Vándalos, y sin embargo, fundaron imperios poderosos y ricos en porvenir. Dos causas hicieron inevitable la ruina de los Vándalos. El genio de la persecucion parece haberse encarnado en aquel pueblo. Quisieron violentar los sentimientos religiosos de los vencidos : las seducciones, los tratamientos ignominiosos, el destierro, las torturas, las mutilaciones, la muerte, todos los medios fueron empleados para quebrantar la resistencia de los católicos; la fe de los débiles fué más fuerte que la omnipotencia de los conquistadores. Aquella política insensata era un obstáculo invencible para la fundacion de un estado; los vencidos, en hostilidad permanente contra los vencedores, emigraban ó se marchaban á morir al desierto. Así pues, los Africanos, perseguidos, acosados, debian ver un libertador en todo enemigo. Belisario halló amigos en los indígenas, y no tuvo más enemigos que combatir que los Vándalos. Y aquellos Vándalos no eran ya los Vándalos de Genserico. Los conquistadores del Africa se distinguian en otro tiempo por su castidad; ménos de un siglo despues de la conquista estaban enteramente degenerados. Al ver el cuadro de sus costumbres en Procopio, creeríaselos un pueblo asiático; necesitaban los hombres del Norte una mesa delicada, trajes afeminados, bañes, bailes, harems (1). Las fáciles victorias de Belisario prueban que no habia ya elemento alguno de fuerza en los señores de Africa.

(1) PROCOP., *de Bello Vandal.*, I, 6.

§ II. — La conquista.

N.º 1. — *Carácter de la conquista.*

El derecho de conquista de los antiguos se resume en esta frase célebre de un galo : *¡Ay de los vencidos!* La muerte de los vencidos era un derecho del vencedor; la vida que les dejaba un beneficio; su libertad y sus bienes pertenecian al conquistador. Hoy el vencedor se contenta con la soberanía; los pueblos conquistados conservan la vida, la libertad, la propiedad. ¿Cómo se ha operado la trasformacion del derecho más brutal, de un derecho que excita las peores pasiones de los hombres? El cristianismo tiene una parte en este progreso, pero el genio de las razas germánicas reclama tambien un lugar en el desarrollo de la humanidad.

La conquista bárbara se distingue, desde el principio, de la conquista antigua. En la antigüedad perecian los pueblos. No evocarémos las ruinas de las magníficas ciudades que cubrian el Asia, los nombres de las naciones que no viven ya más que en la historia; Roma misma, aún cuando moderada por cálculo, destruía á sus rivales; no se sabe ya ni el lugar que ocupaba Cartago. Los conquistadores bárbaros fueron ménos destructores que los conquistadores civilizados; los pueblos no perecen ya. Léjos de exterminar á los Romanos, les dejaron su libertad, su derecho y aún gran parte de sus bienes. No hay nada de sistemático, de reflexivo, en la conducta de los Germanos; les fué inspirada por la Providencia, que los llamaba á regenerar el mundo antiguo, y no á sepultarlo bajo sus ruinas. Indudablemente hubo muertes, desposesiones, vencidos reducidos á esclavitud; pero, para juzgar la conquista, no se debe mirar á algunos hechos particulares, á estragos accidentales, que son destructores como las tormentas en la naturaleza; es menester elevarse por encima de las calamidades individuales para abrazar el conjunto de la conquista. La conquista es la continuacion de la invasion; y ¿cómo tuvo lugar la invasion? Lo hemos dicho ya : no fué una irrupcion súbita de una nube de Bárbaros; al principio fué pacífica; los emperadores la solicitaron en cierto modo para proporcionar cultivadores á las tierras deier-